

ARTÍCULOS DE INVESTIGACIÓN



Serie Colombia Territorios Diversos - Beatriz Núñez Arce

Para una arqueología crítica de la economía “científica”: función de utilidad y filosofía moral ilustrada²

*For a Critical Archeology of “Scientific” Economics:
Utility function and Enlightenment Moral Philosophy*

Y la búsqueda de estas cosas externas [...] no es interesada sino en la medida en que toda acción de una criatura tiene que serlo por naturaleza; pues nadie puede actuar si no por un deseo, una elección o una preferencia propios.

JOSEPH BUTLER, QUINCE SERMONES PREDICADOS EN LA CAPILLA DE ROLL (1729)

Resumen

Al ser desarrollada la Economía Moderna como “ciencia”, se secularizaron y naturalizaron sus fundamentos ideológicos al comprenderse la disciplina bajo supuestos deterministas, mecanicistas y legalistas. Pero, tales fundamentos ya se ubican en las discusiones de la filosofía moral europea de los siglos XVII y XVIII. Así, si bien la “función de utilidad” se presentará como una herramienta acorde al estatus científico de la Economía, está condicionada por los mismos fundamentos extracientíficos de la disciplina. Luego, al exponer tales condicionamientos queda en cuestión la condición de “ciencia” de la Economía y se entregan argumentos para una discusión crítica del modelo ideológico y cultural que ella conlleva en su teoría e impone en su práctica.

Palabras clave: función de utilidad, filosofía moral ilustrada, economía ortodoxa, ideología.

Abstract

As Modern Economy developed as a “science”, its ideologic fundamentals were both secularized and naturalized, after understanding the discipline under deterministic, mechanistic, and legalistic assumptions. But such fundamentals were already among European discussions on moral philosophy of the seventeenth and eighteenth centuries. Thus, even though the “utility function” was presented as a tool to the scientific status of the economy, it is regulated by the same extra-scientific foundations of the discipline. Later on, when presenting such conditionality, the condition of “science” of the economy is questioned, and arguments for a critical discussion of the ideological and cultural model that it entails and imposes its theory in practice.

Keywords: utility function, enlightenment moral philosophy, orthodox economics, ideology

Recibido: 20 de septiembre de 2015, evaluado: 28 de septiembre de 2015, aprobado: 2 de octubre de 2015

- 1 Antropólogo chileno, profesor universitario e investigador de la Universidad de Chile. Correo electrónico: amonares@ing.uchile.cl.
- 2 Este texto es una versión revisada de la ponencia presentada en el III Congreso Latinoamericano y Caribeño de Ciencias Sociales, llevado a cabo del 26 al 28 de agosto de 2015 en la ciudad de Quito (Ecuador).

Presentación

La Economía Moderna³ en su perfil ortodoxo —a pesar de las diversas críticas teóricas y de su incapacidad para predecir y solucionar las crisis periódicas—, sigue siendo la visión dominante en la política y la academia. Gran parte de su legitimidad se basa en que es considerada por sus cultores y seguidores como una “ciencia”; y además, en que sería la “más científica de las ciencias sociales” (Fourcade, Ollion & Algan, 2014). Ese convencimiento se sustenta en su andamiaje técnico-conceptual y en el uso extensivo de las matemáticas (Galbraith, 1998; Streeten, 2007).

Desde esa perspectiva, la función de utilidad (Varian, 2002) reuniría la visión teórica y técnica de la Economía ortodoxa. Por un lado, permite agrupar bajo un solo criterio las diversas elecciones/valoraciones individuales que buscan satisfacer las preferencias de los consumidores en contextos de escasez; y por otro, expresa y jerarquiza dichas valoraciones/preferencias matemáticamente. La conjunción de ambas cuestiones contribuye a que los economistas ortodoxos asuman que su disciplina es una “ciencia”, pues al tiempo que quedaría en evidencia la regularidad estricta de la conducta humana, esta podría ser medida justamente dada esa regularidad estricta.

A pesar de la supuesta novedad de la función de utilidad, al remontarse en el tiempo a los trabajos de pensadores del siglo XVII y XVIII, se puede constatar que dicha herramienta y la visión que implica no es para nada reciente. Sencillamente, se ha llegado a expresar de forma singular una estructura de pensamiento que lleva varios siglos presente en el Occidente Moderno. La cual se deriva, además, de fundamentos extracientíficos.

En tal sentido, se cuestionará aquí el estatus de “ciencia” de la Economía cual sistema teórico-práctico sin referentes ideológicos o meramente

instrumental; y por ende, neutral y objetivo. Al especificar el origen cultural de la disciplina y sus fundamentos y supuestos dependientes de dicho contexto, queda en entredicho su aplicabilidad universal al evidenciarse su especificidad histórico-cultural. Al mismo tiempo, esto deja manifiesto su carácter ideológico y etnocéntrico

La historia “oficial” de la función de utilidad

A continuación, por cuestiones de espacio y del interés de este artículo, se hará una apretada síntesis de los principales hitos del pensamiento económico moderno que llevaron al desarrollo de la función de utilidad.

En su célebre *Riqueza de las naciones* (publicada en 1776), Adam Smith afirma que la especie humana vive del intercambio. A partir de ello asume su condición de “mercader” y, como corolario de la expresión autónoma de tal naturaleza inherente, señala que la propia sociedad “prospera hasta ser lo que realmente es, una sociedad comercial”. Esos mercaderes organizan su vida social y conviven con los otros comerciantes a través del “egoísmo”. No solo en el ámbito productivo-comercial buscan su propio interés, sino que en cualquier esfera de su vida persiguen saciar sus deseos individualistas. Estos se satisfacen a través de un intercambio utilitario en los diversos mercados —léase todos los ámbitos de la sociedad—, por medio de la oferta y la demanda. Al fijarse los precios de modo impersonal, autónomo y automático, todas las decisiones individuales buscan cumplir los deseos al menor costo: esa sería la manera en que se conforma, funciona y se reproduce ese gran mercado que es la sociedad *civilizada* (Smith, 2000).

Ese es el fundamento sobre el cual se yergue la Economía Moderna; y Smith fue el coloso que elaboró tal inmovible cimiento. Esta opinión se remarca aún más entre los neoliberales:

3 En todo el texto se hablará de Economía Moderna en sentido cultural y no cronológico, para referirse al sistema teórico-práctico surgido en Europa Occidental desde fundamentos reformado-burgueses.

por ejemplo, Friedrich von Hayek (1986), nobel de Economía en 1974, sitúa al filósofo escocés como el más grande científico de su época; y George Stigler (1982), quien recibió el mismo galardón en 1982, asegura que si al leer a Smith no se está de acuerdo con él, es solo por propia incompetencia.

Asimismo, Gary Becker, nobel de Economía en 1992, señala que Smith fue “el principal fundador del enfoque económico”. Becker, quien desde el punto de vista ortodoxo habría coronado exitosamente el edificio de la “ciencia” económica con su visión de las preferencias individuales inexorables, expresa en palabras contemporáneas el espíritu del moralista escocés vigente hasta hoy:

[...] todo el comportamiento humano puede considerarse como realizado por participantes que maximizan su utilidad a partir de un conjunto estable de preferencias y que acumulan una cantidad óptima de información y de otros factores en una variedad de mercados (Becker, 1980, p. 18).

Desde luego, es posible considerar a más autores en los siglos que separan a Smith de Becker⁴. Pero, aquí solo se nombrará a la escuela marginalista y su teoría subjetiva del valor, entre quienes se destaca Carl Menger por identificar una vertiente “economizadora” en la economía (Polanyi, 1994; Roll, 2003). Por otro lado está el neoclásico Lionel Robbins (1951), de quien se puede señalar que termina de estructurar el argumento marginalista, al concebir una “ciencia económica” estudiosa de las decisiones

individuales en contextos de escasez. Es este último quien entiende que el “enfoque económico” es generalizable universalmente: “son aplicables los principales supuestos (...) siempre y cuando existan las condiciones que dan origen al fenómeno económico”. Y como la escasez es una “característica permanente de la existencia humana”, la obligada elección entre medios alternativos es aplicable a cualquier ámbito de la vida social y en cualquier época. Por tanto, el “enfoque económico” sería universal⁵.

Empero, según el propio Becker, solo él habría dado el gran salto de desarrollar una ciencia omnicomprendiva, más allá de lo estrictamente económico, lo lucrativo y de la Economía de mercado⁶. Para el autor, toda la conducta humana sería económica, en el sentido de guiarse por la maximización individual de las preferencias en mercados con precios monetarios o precios “sombra” o psicológicos. Los precios, sean del tipo que sean, “miden el coste de oportunidad de la utilización de recursos escasos”. Así, el “enfoque económico” incluso “proporciona la base que permite predecir respuestas antes distintos cambios” (Becker, 1980).

Precisamente de la aceptación de una conducta maximizadora inherente en la humanidad —es decir, natural, ahistórica y transcultural— surge la función de utilidad como la herramienta que permitiría aunar y jerarquizar matemáticamente las valoraciones, preferencias o elecciones que buscan maximizar diferentes tipos de utilidades⁷. Ello implicaría cumplir criterios científicos como neutralidad, objetividad y cuantificación.

4 El propio Becker cita a Jeremy Bentham pero le resta importancia, como suele ocurrir en el ámbito académico, porque no dice todo lo que él mismo concluye. Más adelante se tratará a dicho autor.

5 No se ahondará aquí en la dura crítica de Robbins contra aquellos que identifican el “enfoque económico” con el “propio interés” y la maximización monetaria. Sin embargo, esos que para Robbins son legos y malos economistas harían lo que hoy es obvio en cualquier curso de Economía: usar la premisa básica del egoísmo y expresarla en una unidad de medida que dé exacta cuenta de los costos de oportunidad.

6 Becker saca del camino a Robbins al afirmar que “restringe su análisis [...] fundamentalmente al sector de mercado”. Basta revisar el Índice de Becker (1978) para reconocer la universalidad que otorga al “enfoque económico”.

7 “[...] los economistas han abandonado la anticuada idea de la utilidad como medida de la utilidad y han reformulado totalmente [sic] la teoría de la conducta del consumidor en función, ahora, de sus preferencias [...]. Una función de utilidad es un instrumento para asignar un número a todas las cestas de consumo posibles de tal forma que las que se prefieren tengan un número más alto que las que no se prefieren” (Varian, 2002, p. 55. Énfasis del original).

Todo lo cual será posible porque se asume, desde Smith y pasando por Becker hasta hoy, que los individuos *siempre* se guían por el deseo de maximizar sus preferencias en los diversos mercados que conformarían la sociedad humana. Y esa caracterización de la especie, desde el liberalismo clásico hasta la actual Economía ortodoxa, no sería ni más ni menos que la *verdadera*. La humanidad tuvo que esperar la mayor parte de sus 190 mil años de existencia para que una escuela económica particular descubriera su esencia real.

En esa última conclusión, que se supone empíricamente demostrada, radicaría la grandeza y utilidad del “enfoque económico” (que incluye a la función de utilidad), además de que quedaría manifiesta en la Economía la condición inherente de toda disciplina científica: su *asepsia* política, ideológica y ética. En palabras de Lionel Robbins, es tal la obvia corrección del enfoque de la disciplina que no se le discute “entre gente de buen juicio”.

La historia “no oficial” de la función de utilidad

La breve descripción antes presentada se contrastará ahora con otra manera de rehacer la historia del enfoque económico, que dio lugar a la función de utilidad. De ahí que se titule este artículo metafóricamente como una arqueología crítica: se *excavará* en textos *antiguos* para sacar a la luz doctrinas que hoy, curiosamente, son tenidas por nuevas *verdades*.

Para ello se debe empezar por un tópico no considerado por los economistas: la religión, y específicamente, con el calvinismo. Esta doctrina se tiene aquí como el fundamento ideológico que da sustento al desarrollo de la ilustración británica (primordial para los iluministas continentales); y por su intermedio, del sistema

productivo-comercial elaborado por Adam Smith que llegará a conocerse como Economía Moderna. La Ilustración no sería entonces otra cosa que el desarrollo filosófico de dicha doctrina (Cassirer, 1997; Espoz, 2003; Monares, 2008 y 2012; Ramírez, 2011)⁸.

En tal sentido, es importante considerar dos aspectos de la teología de Juan Calvino (1988): las consecuencias del pecado en la humanidad y la naturaleza de Dios. Para el reformador francés del siglo XVI, el pecado original corrompió a la especie en todo su ser, de donde su actuar es irremediablemente degenerado. No obstante, como Dios es omnipotente y quiere la supervivencia de su más querida creación, *Él* mismo se encarga de gobernarla providencialmente usando el irrefrenable e incurable vicio de los individuos. Ese es el singular medio para hacer cumplir *Su* voluntad.

Una vez asumidos esos tópicos del calvinismo, se debe acudir a John Locke (1986). Este pensador empirista inglés del siglo XVII es fundamental en la filosofía moral iluminista y hace eco de la doctrina puritana (interpretación inglesa del calvinismo). Para el autor, el ser humano es racional por naturaleza, pero esa racionalidad inherente se inclina de forma inexorable a la búsqueda de cosas útiles: a todo aquello que brinde comodidad. Por un lado, Locke establece que la tendencia natural de la especie, por ende irrenunciable y automática, es de tipo materialista: los humanos son hombres económicos. Por otra parte, el centro de su argumento es que esa inclinación es racional.

Es de primera importancia exponer que Locke (1997) define el entendimiento como la “voz de Dios” en el interior de los individuos. O sea, la divinidad dirige a los humanos a buscar su conveniencia material, inclinación o tendencia de la cual no pueden escapar. El filósofo deja planteado implícitamente el tópico de la regularidad estricta de la conducta, un tema compartido por los iluministas de los siglos XVII y XVIII, que

8 Para la síntesis inglesa del siglo XVII de la doctrina de Calvino, véase Confesión de fe de Westminster (1999); y para una concisa exposición contemporánea de dichos dogmas, véase Berkhof (1992).

será elaborado de manera expresa con posterioridad cuando se desarrollen las “ciencias” sociales:

La Ilustración concebía [que] la naturaleza humana está tan regularmente organizada, es tan invariable y tan maravillosamente simple como el universo de Newton. Quizá algunas de sus leyes sean diferentes, pero *hay* leyes; quizás algo de su carácter inmutable quede oscurecido por los aderezos de modas locales, pero la naturaleza humana *es* inmutable (...) La enorme variedad de diferencias que presentan los hombres en cuanto a creencias y valores, costumbres e instituciones, según los tiempos y lugares, no tiene significación alguna para definir su naturaleza. Se trata de meros aditamentos y hasta de deformaciones que recubren y oscurecen lo que es realmente humano —lo constante, lo general, lo universal— en el hombre (Geertz, 2000, pp. 43-44. Cursivas del original).

El paso siguiente lo dio el mencionado Adam Smith, piadoso filósofo moral escocés que explicó el gobierno divino de la humanidad a través de los “sentimientos morales”. Es más, para comprender cabalmente al autor hay que tomar en cuenta su *Teoría de los sentimientos morales* (libro editado en 1759), cuyo corolario o especificación en lo productivo-comercial es la posterior *Riqueza de las naciones*, ya nombrada. Según Smith, son los sentimientos y en específico el egoísmo, el motor de la conducta humana que busca satisfacer los deseos individualistas de bienestar material. Tal mecanismo automático y más allá de la voluntad es parte de la sabiduría y economía de Dios, el “insigne Director del universo”. Los designios divinos son materializados regularmente a través de la “mano invisible”, apelativo con que Smith se refiere a la activa Providencia calvinista (Smith, 1997).

De forma contemporánea a Smith, el filósofo David Hume, también escocés y religioso,

expresó asimismo la preeminencia de los sentimientos o las pasiones para explicar la conducta de los individuos⁹. El autor afirmó que las “pasiones” y los “sentimientos morales” siempre han sido “la fuente de toda acción” humana (Hume, 1995); y que “en la producción y la conducta de las pasiones hay cierto mecanismo regular”, posible de describirse como cualquiera de las leyes de la filosofía natural (Barceló, 1977). Sobre la base de las “pasiones” y su regularidad en la conducta humana interesada, se acercó a la visión actual de la “ciencia” económica y sus preferencias/valoraciones *amorales*:

[...] un hombre no es más interesado cuando busca su propia gloria que cuando la felicidad de su amigo es el objeto de sus deseos, ni es más desinteresado cuando sacrifica su tranquilidad y comodidad a favor del bien público que cuando se esfuerza por la gratificación de su avaricia y ambición (Hume, 1995, p. 29)¹⁰.

Los pensadores citados avanzaron hacia una visión legalista al modo de la Física de los actos humanos o dejaron establecidos los argumentos para ello. O sea, todo este desarrollo no se hizo desde la ciencia, ni con fines científicos: fue llevado a cabo desde el ámbito de la Filosofía Moral y se realizó en función de una reflexión ética en torno a los objetivos y mecanismos de la conducta humana.

Fue Jeremy Bentham (1778), filósofo moral británico que viviera entre los siglos XVIII y XIX —y que podría describirse como un iluminista *tardío*—, quien dejó del todo expuesta la visión de valoraciones/preferencias individuales posibles de cuantificar. Asumiendo la perspectiva del egoísmo ya tradicional o naturalizado secularmente, el autor afirmó en “La psicología del hombre económico” que el “interés propio” es el “principio de acción cuya

9 Esto sucedió en un ambiente intelectual donde la homologación de “naturaleza” y “Providencia” era evidente desde por lo menos un siglo atrás, como se puede constatar en Hobbes, Locke, Berkeley o Kant (Monares, 2012).

10 Hume recurre a Joseph Butler (2005), sacerdote anglicano, para apoyar su argumento de que en cuanto a elecciones morales el mal puede ser parte del bien o se hacen indistinguibles. Más allá de esa discusión de contexto, las palabras de Butler de 1729 que encabezan este artículo podrían usarse hoy sin problemas para definir las preferencias inexorables de la Economía ortodoxa. Agradezco a Manfred Svensson por la comunicación personal de su traducción de Butler (actualmente en prensa).

influencia [es] la más poderosa, constante, uniforme, permanente y más generalizada”. Lo que caracteriza a la especie humana es el sentimiento de que “el yo lo es todo, comparado con el cual, las demás personas, agregadas a todas las cosas juntas, no valen nada”. El punto es que Bentham fue explícito al introducir la medición en base a las valoraciones que los individuos hacen de sus elecciones, punto a partir del cual es factible llegar a un resultado o *valor* moral, como en cualquier ejercicio aritmético. Afirma el autor en “La filosofía de la ciencia económica”:

Si tengo una “corona” en mi bolsillo, y no siento sed, dudo entre comprar una botella de vino para mi propio placer o darla para proporcionar ayuda a una familia que veo a punto de perecer por falta de asistencia, a la larga, tanto peor para mí; pero es claro que, mientras continúo titubeando, los dos placeres: de sensualidad en un caso y de compasión en el otro, valían para mí exactamente cinco chelines, para mí eran exactamente iguales (Bentham, 1978, p. 189)¹¹.

Más allá del extremadamente singular dilema ético que presenta el autor en la cita precedente, desde su afán de ser el Newton de la Moral propuso el uso del “dinero” como *la* unidad de medición de la Filosofía Moral, elevando —como es también la pretensión de los economistas ortodoxos contemporáneos—, a dicha disciplina al mismo estatus de las ciencias naturales y, sobre todo, de la Física: “El dinero es el instrumento para estimar la cantidad de dolor o placer”. Desde tal convencimiento, Bentham advirtió a las almas muy sensibles que “nadie se sorprenda o escandalice” si es “valorizado todo en dinero”. El dinero es lo que permite cuantificar el comportamiento humano. Sin la “exactitud de este instrumento”, se debe encontrar otro “que sea más exacto, o decir adiós a la política y a la moral”.

Bentham siguió la idea ilustrada de que la corrupción por el pecado original tenía por consecuencia que el vicio dominara a la humanidad o la habría aceptado en su nueva forma secular de una visión *empírica* de la especie¹². La condición humana se manifestaría en egoísmo, individualismo o en la preeminencia del interés propio. Luego de aceptar dicho impulso como el motor básico de la conducta, el autor agregó el aporte newtoniano: la medición de regularidades estrictas. De tal modo, pudo afirmar que ese impulso individualista presenta una regularidad absoluta y, por ende, cuantificable. Pero todavía faltaba más: la unidad de medida debía ser el dinero.

En términos actuales, todo ello implica que los individuos buscan satisfacer sus preferencias o utilidades; las que no son exclusivamente lucrativas o materialistas. Como se vio en el curioso dilema expuesto por Bentham, hasta se puede preferir “proporcionar ayuda a una familia que veo a punto de perecer por falta de asistencia”. Esa elección implica elegir en forma obligada un medio específico, pues no es posible emplear el mismo medio más que para una sola opción. Finalmente, esa decisión puede cuantificarse y se hará utilizando el dinero como unidad de medida; tal cual se llegó a hacer a la fecha con el costo de oportunidad.

Se puede concluir al tenor de lo expuesto en esta arqueología crítica, que las revolucionarias *novedades* económicas contemporáneas son sencillamente exposiciones que ignoran la historia y los antecedentes de la disciplina. En tal sentido, el propio Gary Becker debió haber sido más cauto en sus críticas al afán normativo de Bentham (que según él era su falta de visión científica), a las tautologías en que habría caído por sus inconsistencias y por su pretensión de

11 Lionel Robbins (1951) señaló en pleno siglo XX que ante dos fines de igual importancia y solo un medio de satisfacerlos, se produce el mismo inmovilismo expuesto por Bentham.

12 El concepto de “naturaleza” habría sido utilizado por religiosos y laicos de mediados del siglo XIX, para referirse a la condición esencial de la humanidad determinante de su conducta (Monares, 2012). La intersección operacional facilitada por dicho concepto, habría permitido la discusión teórica entre grupos que difícilmente dialogarían; tal vez el ejemplo más famoso fue la discusión entre el reverendo Robert Malthus y el millonario especulador y economista David Ricardo (Malthus, 1997).

generalizar sus cálculos... Tal vez alguien pudiera concluir que, en realidad, Becker expresaba una dura autocrítica.

Palabras finales

Se supone que con el "enfoque económico" se llegó a un conocimiento completo y pleno de las motivaciones de la conducta; aquel saber puede ordenarse y expresarse matemáticamente con la función de utilidad, herramienta y parte de ese mismo enfoque. Conocimiento que habría llegado a la cúspide recién durante el siglo XX: primero con Robbins y luego, supuestamente de forma definitiva, con Becker.

Como lo debería entender cualquier científico o economista, los modelos son aproximaciones simplificadas a la realidad, pero lo que han hecho los economistas ortodoxos es superponer el modelo a la misma; han dado vida a una abstracción que, se supone, debía facilitar la teorización. No deja de ser irónico que el propio Lionel Robbins tomara distancia de los "buenos estudiantes superintoxicados con la excitación de la teoría pura"¹³.

En cuanto a la pretensión omnicompreensiva de la Economía ortodoxa, debe aclararse que se está ante un mecanismo/mirada que es explicativo siempre y cuando se acepte una concepción particular de la humanidad. Una que afirma el egoísmo inherente del género y que en consecuencia llevaría inexorablemente a una conducta mecánica de satisfacción individual de carácter natural. Más allá de que los economistas ortodoxos afirmen que el "enfoque económico" no se relacionaría con la anticuada preeminencia del egoísmo de la filosofía moral de Smith, se puede ver que la valoración de preferencias sigue siendo individual y para satisfacer afanes individuales¹⁴.

El *nuevo* enfoque del individualismo metodológico se mantiene dentro de la estructura tradicional. Pero en una singular y preocupante ruptura radical con el pensamiento occidental y con la propia postura ética de Adam Smith, ya no se distingue entre virtud y vicio: las valoraciones/elecciones son *amorales*. Ello, a pesar de que el principio de valoración y consiguiente maximización de preferencias sea, de hecho, un tipo de ética y la Economía una especie de reflexión normativa acerca de la conducta. Como señala el economista Joseph Ramos (2009), la actitud tecnocrática de "pasar por alto, cuando no [de] menospreciar, el contenido valórico" de la Economía, siendo optimistas es pecar de "ingenuidad"; y en "el peor de los casos, [es un] intento de encubrimiento".

Por otro lado, la homogenización de los actos humanos, convertidos en conductas mecánicas de valoración/elección maximizadora de preferencias individuales, olvida algo que es evidente en las disciplinas socioculturales en verdad empíricas: un mismo rasgo o similares rasgos, se pueden materializar debido a procesos diferentes y pueden derivar en sistemas socioculturales diferentes (Kottak, 2007; McKinnon, 2012). Por lo cual es muy temerario sacar conclusiones a partir de una postura apriorística que asume una esencia humana fija, a lo que se suma una despreocupación por conocer y hasta por comprender los contextos socioculturales. Esto puede ejemplificarse en la concepción económica de la escasez: si bien en ciertas circunstancias la escasez podría ser una situación ineludible, se olvida que la tradición occidental moderna asumió que los deseos son infinitos, por ende los recursos para satisfacerlos se convierten por definición en limitados¹⁵.

Se sabe que nunca ha habido ni habrá personas ni actos individuales *fuera* de contexto. Bien lo dice Galbraith (1998) cuando afirma que "las

13 Un caso chileno de superintoxicación es Sergio de Castro, ex ministro de Hacienda de la dictadura de Pinochet y ex decano de la Escuela de Economía de la Pontificia Universidad Católica de Chile, quien enseñaba a sus estudiantes que "cuando la teoría [económica ortodoxa] y la práctica están en desacuerdo, quiere decir que la práctica está mal" (Fontaine, 1998).

14 Karl Mannheim (1958) afirmó que "dicha noción de 'valor' nació y se difundió en y desde la economía", cuya consecuencia fue una "deformación en la descripción del comportamiento real del ser humano".

ideas económicas [como las de cualquier tipo] siempre son producto de su época y lugar; no se las puede ver al margen del mundo que interpretan”. Pretender sacar conclusiones universales de una visión histórico-cultural particular —expresada, por si ya no fuera poco, en un modelo extremadamente simplificado— es, a todas luces, una mala inducción.

En este punto es necesario hacer algunas aclaraciones respecto a la pretensión de la Economía ortodoxa de ser la más explicativa de las disciplinas socioculturales, por haber descubierto la verdadera constitución humana. La primera es la más obvia: tener por novedades ideas que en realidad son expresiones de una línea de pensamiento con una historia de por lo menos cuatro siglos. No deja de ser llamativa la falta de memoria de los cultores de una disciplina y, por ende, la consecuente falta de conciencia de sus propios fundamentos. Es decir, de las ideas básicas que han condicionado hasta hoy el desarrollo de la Economía.

La segunda aclaración se refiere a la porfía de insistir en el individualismo como conducta evidente y hasta natural. Se adapta la realidad socio-cultural “a una concepción previa de la sociedad y la historia”, subordinando “el análisis de los hechos sociales a tal o cual discurso sobre la sociedad, pese a que la rigurosidad científica exigiría exactamente lo contrario” (Clastres, 2001). Todo ello sin considerar que el individualismo, sencillamente, es un tópico ideal usado como referente teórico y que en realidad es “un valor distintivo compartido que se transmite a través de cientos de afirmaciones y contextos de la vida cotidiana” (Kottak, 2007). Asimismo, se pierde de vista que esa “naturaleza humana [individualista] consiste sobre todo en las

inclinaciones de los varones adultos (burgueses) en buena medida con la exclusión de mujeres, niños y ancianos” (Sahlins, 2011, p. 60).¹⁶

De hecho, esa supuesta objetividad y neutralidad de la disciplina y de sus cultores, que tanto gustan resaltar los economistas ortodoxos, queda en entredicho cuando se constatan dos curiosidades. Primero, la innegable e inmensa deuda con la religión y la filosofía que condiciona el pensamiento económico moderno hasta la fecha. Lo que implica que las teorías, opiniones y recomendaciones a las empresas y gobiernos de los economistas “científicos” ortodoxos se fundamentan en y reproducen la metafísica religiosa de los siglos XVI, XVII y XVIII. La segunda curiosidad es que las posturas sociopolíticas de tales “científicos” supuestamente neutrales y objetivos son abiertamente derechistas. De donde debe sopesarse su pretensión científica, ya que una cosa es interpretar la realidad sociocultural desde ciertos principios; pero otra muy diferente es que se dé la fenomenal circunstancia de que la naturaleza de la humanidad *cuadre* perfectamente con ideas conservadoras o de derecha¹⁷.

Dos ejemplos entre muchos de esas condicionantes y de posturas abiertamente derechistas, son los ya nombrados “científicos” Lionel Robbins (1951) y Gary Becker (1980). Lista a la cual se podría agregar a Milton Friedman (1980), nobel de Economía en 1976, cuyo trabajo *Libertad de elegir* fue un éxito en la década de los ochenta del siglo pasado como libro de difusión de la “ciencia económica”. A la fecha, sería Gregory Mankiw (2002) quien encabezaría la transmisión de dicha opción política disfrazada de postura técnica, dada la popularidad de su manual *Principios de Economía* a nivel universitario. Así, por ejemplo, cuando en el comienzo de su libro expone

15 Presupuesto que no es universal, como se puede constatar en las primeras naciones americanas para las que es primordial el consumo finito y se rechaza el infinito (Mires, 1990). Es la misma idea general que se encuentra en la Grecia clásica (Aristóteles, 1951).

16 La Antropología ha demostrado que la visión individualista del Occidente moderno ha sido y es solo una de tantas posibilidades culturales; por ejemplo, existen sociedades que asumen un “yo transpersonal”: una especie de personalidad colectiva e interconectada éticamente entre sus miembros (Sahlins, 2011).

17 Lo que es tan extraordinario como que la naturaleza humana *cuadre* perfectamente con la teoría científica del cambio social, el marxismo, y que todos esos “científicos” afirmen principios sociopolíticos de izquierda.

“Los diez principios de la Economía” y específicamente “Cómo toman decisiones los individuos”, asume una posición sociopolítica tras una supuesta fundamentación técnica contra la redistribución y/o las políticas fiscales, y a favor de la desigualdad. A las nuevas generaciones de estudiantes se les da a entender que los cimientos básicos de la disciplina son axiomas objetivos y neutrales. Se puede estar o no de acuerdo con Mankiw, pero no parece posible desconocer el trasfondo y las implicancias sociopolíticas de su discurso, el cual está muy lejos de ser meramente técnico:

Quando el Estado redistribuye la renta de los ricos en favor de los pobres, reduce la retribución que se obtiene cuando se trabaja arduamente, por lo que los individuos trabajan menos y producen menos bienes y servicios. En otras palabras, cuando el Estado trata de partir la tarta en trozos más iguales, ésta disminuye (Mankiw, 2002, p. 4).¹⁸

Sin embargo, no es necesario recurrir a posiciones “ideológicas” o radicales para dejar a la luz lo manifiesto. John Kenneth Galbraith (1998), él mismo un economista moderno que si bien reconocía bondades en el sistema de mercado estaba lejos de ser un fundamentalista, tenía por obvio que “la economía no existe aparte de la política”. Y en el caso de la teoría clásica y de su actual versión neoliberal expresada en la “ciencia económica”, se trata de una política que precisamente favorece a un grupo social muy particular en grosero desmedro de otro:

La persistente supervivencia de la teoría clásica sólo puede entenderse al comprobar que las creencias clásicas protegen la autonomía y los ingresos del sector empresarial, a la vez que sirven para ocultar el poder económico que ejerce como algo natural la empresa moderna al declarar que todo poder pertenece de hecho al mercado (Galbraith, 1998, p. 326).

Nunca debe perderse de vista que las teorías y disciplinas son desarrollos particulares de una época y sociedad. En este caso, la Economía cual

“modo occidental de conceptualizar la experiencia vivencial”, es uno entre tantos que han sido desarrollados por la humanidad... y es uno de los muchos que seguirán siendo desarrollados. Obviamente —surge incluso el pudor al afirmar tal perogrullada— “es un cierto modo entre otros, pero de ninguna manera el único, ni el más avanzado”. Por lo demás, insistir en generalizarlo a la especie completa “significa que no puede captar el significado propio (endógeno) de la experiencia” de cada sociedad; y menos de las no occidentales modernas (Estermann, 2009). En otras palabras, el enfoque económico ortodoxo es una herramienta de investigación y explicación muy limitada, por mucho que la función de utilidad la exprese matemáticamente.

Con todo, los *novedosos* desarrollos de la Economía ortodoxa sí son nuevos en un sentido. Todavía a mediados del siglo XX, el reputado economista Paul Samuelson, nobel en 1970 de la especialidad, es un ejemplo de que la Economía se dedicaba a cuestiones y problemas concretos del capitalismo occidental moderno: “el mundo de los precios, los salarios, los tipos de interés, las acciones y los bonos, los bancos y los créditos, los impuestos y los gastos” (Samuelson citado en Sandel, 2014, p. 90). Esto cambió drásticamente en la segunda mitad de la centuria pasada, cuando se impuso la visión de una “ciencia” económica omnicompreensiva y la disciplina en su perfil ortodoxo pasó a preocuparse de todo cuanto hacen las personas al guiarse por los incentivos y/o responder a ellos (Sandel, 2014). Que no es, ni más ni menos, el motivo por el cual dirigirían *todos* sus actos en *todas* las esferas de sus vidas¹⁹.

Esa Economía, finalmente, no debe olvidarse que valida ideas, las naturaliza; y esa legitimidad facilita su puesta en práctica a través de políticas públicas que cierran en el mundo real el círculo de la naturalización. La Economía no solo crea *posibilidad*. A estas alturas de su dominio académico y político, crea *realidad* y luego la legitima por medio del aval

18 Otro recurrido axioma presentado como técnico y que es abiertamente sociopolítico, es que la subida de salarios baja la inversión.

del ropaje científico con que se la ha disfrazado. A eso se refería Karl Polanyi (1994) cuando describía el surgimiento e imposición de la “sociedad de mercado”, una que sitúa al resto de las esferas sociales en función del sistema de mercado autorregulado. En otras palabras, el momento en que la Economía se transforma en una cultura que domina la cotidianidad de los pueblos (Monares, 2008)²⁰.

La pretensión de la teoría “pura” de la Economía ortodoxa, la utopía libremercadista, se termina considerando posible, válida, beneficiosa... y luego es aplicada con el aval de su posibilidad, validez y promesa de bienestar. El individualismo metodológico termina transformando a la sociedad en individualista, irónicamente a pesar de su singular *olvido* de la sociedad. La hegemonía de la Economía ortodoxa ha potenciado su sordera (e incluso su autismo²¹), ante las variadas y contundentes observaciones metodológicas, éticas, políticas o filosó-

ficas que se le pueden hacer. Y por supuesto ante la situación de los pueblos. Latinoamérica y el Sur Global saben del etnocentrismo y de la condición ideológica de la Economía Moderna, más aún de su vertiente ortodoxa:

Como encarnación de la sabiduría de las categorías burguesas originales, la economía formal [u ortodoxa] se desarrolla puertas adentro como una ideología y puertas afuera como un etnocentrismo” (Sahlins, 1983, p. 11).²²

Este ejercicio, que metafóricamente se ha llamado aquí una arqueología crítica de la Economía “científica”, muestra que la función de utilidad no solo es una herramienta de investigación limitada y está lejos de *probar* la condición “científica” de la Economía; en realidad, es una confirmación de los condicionamientos extracientíficos de la disciplina.

19 Curiosamente, el propio Becker señala que con su visión de las preferencias no pretende desmerecer a las otras disciplinas socioculturales. Sin embargo, es obvio que la considera una visión omnicomprensiva.

20 Michael Sandel (2014) ha traído a colación un viejo tema: la inconveniencia de que los valores de mercado invadan esferas no mercantiles de la sociedad y, por ende, la necesidad de reflexionar con urgencia acerca de la conveniencia de ponerle “límites morales al mercado”.

21 Véase <http://www.paecon.net>.

22 En Monares (2015) se han tratado este tipo de críticas en torno a la Economía ortodoxa y sus implicancias políticas y culturales..

Referencias

- Aristóteles. (1951). *Política*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- Barceló, J. (1977). Los antecedentes filosóficos de Adam Smith. En Zañartu, M. (Ed.). *La ciencia económica en Adam Smith*. Santiago: Departamento de Economía de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas. Universidad de Chile.
- Becker, G. (1978). *The economic approach to human behavior*. Chicago: The University Press.
- Becker, G. (1980). El enfoque económico del comportamiento humano. *Información comercial española*, 557, 11–18.
- Bentham, J. (1978). *Escritos económicos*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Berkhof, L. (1992). *Sumario de doctrina cristiana*. Grand Rapids: The Evangelical Literature League.
- Butler, J. (2005). *The fifteen sermons preached at the Rolls Chapel*. Bishop Payne Library, Virginia Theological Seminary. Recuperado de <http://anglicanhistory.org/butler/rolls/>.
- Calvino, J. (1988). *Institución de la religión cristiana*. Buenos Aires: Editorial Nueva Creación.
- Cassirer, E. (1997). *La filosofía de la Ilustración*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Clastres, P. (2001). La economía primitiva. En *Investigaciones en Antropología Política* (pp. 133–151). Barcelona: Gedisa.
- Ramírez, A. (1999). *Confesión de fe de Westminster y Catecismo menor*. Barcelona: Editorial Clie.
- Espoz, R. (2003). *De cómo el hombre limitó la razón y perdió la libertad. El poder de la religión en la filosofía occidental*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Estermann, J. (2009). *Filosofía andina. Sabiduría indígena para un mundo nuevo*. La Paz: ISEAT.
- Fontaine, A. (1988). *Los economistas y el presidente Pinochet*. Santiago de Chile: Empresa Editora Zig-Zag.
- Fourcade, M., Ollion, E. & Algan, Y. (2014). *The superiority of economists*. MaxPo Discussion Paper, 14/3. Recuperado de http://www.maxpo.eu/pub/maxpo_dp/maxpodp14-3.pdf.
- Friedman, M. y Friedman, R. (1980). *Libertad de elegir*. Hacia un nuevo liberalismo económico. Barcelona: Grijalbo.
- Galbraith, J. (1998). *Historia de la Economía*. Barcelona: Ariel.
- Geertz, C. (2000). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Hayek, F. (1986). El mensaje de Adam Smith en el lenguaje actual. En *Estudios Públicos*, 23, 89-92.
- Hume, D. (1995). *Investigación sobre el conocimiento humano*. Madrid: Alianza Editorial.
- Kottak, C. (2007). *Introducción a la Antropología cultural*. Lisboa: McGraw-Hill.
- Locke, J. (1986). *Ensayo sobre el entendimiento humano*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Locke, J. (1997). *Dos ensayos sobre el gobierno civil*. Madrid: Espasa Calpe.
- Malthus, R. (1997). *Primer ensayo sobre la población*. Barcelona: Altaya.
- Mankiw, G. (2002). *Principios de Economía*. Madrid: McGraw-Hill.
- Mannheim, K. (1958). *Ideología y utopía. Introducción a la Sociología del conocimiento*. Madrid: Aguilar.

- McKinnon, S. (2012). *Genética neoliberal: Mitos y moralejas de la psicología evolucionista*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Mires, F. (1990). *El Discurso de la Naturaleza. Ecología y Política en América Latina*. Santiago: Amerindia Estudios.
- Monares, A. (2008). *Oikonomía. Economía Moderna. Economías*. Santiago: Editorial Ayun.
- Monares, A. (2012). *Reforma e Ilustración. Los teólogos que construyeron la Modernidad*. Santiago: Editorial Ayun.
- Monares, A. (2015). Economía Moderna y función de utilidad. De la filosofía moral ilustrada a la "ciencia". *Antropologías del Sur* (4).
- Polanyi, K. (1994). *El sustento del hombre*. Madrid: Mondadori.
- Ramírez, P. (1999). Confesión de fe de Westminster y Catecismo menor. Barcelona: Editorial Clie.
- Ramírez, P. (2011). *La piadosa Ilustración y los filósofos santos. Acerca de las influencias reformadas en la conformación de la Modernidad* (tesis para optar al grado de Doctor del Programa Migraciones y Conflictos en la Sociedad Global). Universidad de Deusto, Bilbao.
- Ramos, J. (2009). Economía y ética. *Estudios Públicos*, 116, 113-127.
- Robbins, L. (1951). *Ensayo sobre la naturaleza y significación de la ciencia económica*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Roll, E. (2003). *Historia de las doctrinas económicas*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Sahlins, M. (1983). *Economía de la edad de piedra*. Madrid: Akal.
- Sahlins, M. (2011). *La ilusión occidental de la naturaleza humana*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Sandel, M. (2014). *Lo que el dinero no puede comprar. Los límites morales del mercado*. Santiago de Chile: Debate.
- Smith, A. (1997). *La teoría de los sentimientos morales*. Madrid: Alianza Editorial.
- Smith, A. (2000). *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Stigler, G. (1987). *El economista como predicador y otros ensayos*. Barcelona: Editorial Folio.
- Streeten, P. (2007). ¿Qué está mal en la economía contemporánea? *Revista de Economía Institucional*, 9 (16), 35-62.
- Varian, H. (2002). *Microeconomía intermedia: un enfoque actual*. Barcelona: Antoni Bosch Editor.